

SERMON SEGUNDO.

De la constitution de la Iglesia.

La mas dura de las servidumbres y la mas funesta en sus efectos es la servidumbre de la inteligencia. El entendimiento es esclavo siempre que se halla sometido á autoridades individuales; y tal es la suerte de la humanidad, que la razon no puede formarse sino por medio de la enseñanza, y todos los hombres sin excepcion alguna se hallan sometidos constantemente á una autoridad. El pueblo, es decir, la inmensa mayoría del género humano, permanece invenciblemente agobiado bajo el yugo de su educacion primera, y los hombres llamados ilustrados obedecen al menos á la enseñanza de su país y de su siglo. ¿Cómo hará, pues, el hombre para emanciparse de esta servidumbre? ¿qué recurso le queda para que su entendimiento sea libre? Hay dos: ó que piense por sí mismo, ó, si es un hecho constante que para pensar necesita de una enseñanza, y que no puede pensar por sí mismo, porque solo Dios piensa de este modo, no hay para él mas salvacion en el mundo que la de tener una autoridad que represente el entendimiento infinito de Dios, y que comunique á cada hombre su pensamiento divino por una enseñanza divinamente establecida. Esta autoridad existe, y ya hemos visto que hay una señal para reconocerla, la universalidad. Hoy necesitamos penetrar mas adelante en la esencia de esa autoridad libertadora del entendimiento humano; necesitamos ver cuál es su constitucion, la constitucion que ha recibido de Dios para vivir en todos los siglos.

Toda autoridad se compone: en primer lugar, de una jerarquía, es decir, de un conjunto de hombres subordinados que tienden á un mismo objeto; y en segundo, de un poder de que es depositaria esa jerarquía y del cual se sirve á su albedrío. Dará pues asunto á este discurso la explanation de la Iglesia católica en su jerarquía y en el poder que le está confiado.

Siendo la verdad el primer bien, y aun puede decirse el único bien de los hombres, y no debiendo estar nadie privado del bien sin el cual no existe otro alguno, se deduce que el primer cuidado de

Dios debía consistir en hacer á su Iglesia universal, de modo que pudiera, como la luz del sol, iluminar á cuantos hombres viniesen á este mundo. Así nuestro Señor empezó por fundar un apostolado, es decir, por elegir cierto número de hombres que fuesen enviados por todo el universo. Los paganos habian encerrado en sus templos la ciencia sacerdotal, y solo algunos extranjeros, venidos de remotos países para consultarles, eran admitidos en el santuario. Encerraban los filósofos su enseñanza en lo interior de la escuela; distribuíanla dentro de los jardines y bajo los pórticos, rodeados de los honores de la amistad y de los honores de la palabra. Jesucristo no hace eso: á los depositarios de su Verbo increado, á sus apóstoles no les dice: *Aguardaréis á que vengan á preguntaros la verdad; no les dice tampoco: Os pasearéis dentro de los jardines y bajo los pórticos; sino: Id y enseñad á todas las naciones* (1). No temais ni las dificultades de los idiomas, ni las diferencias de las costumbres, ni á los príncipes temporales; nada preguntéis del curso de los ríos, ni de la direccion de las montañas: avanzad via recta; id como va el rayo del que os envía, como iba la palabra creadora que sacó la vida del caos, id como van las águilas y los ángeles.

Y ¿cuáles fueron los primeros apóstoles elegidos? Ocasión habeis tenido, Señores, de ver en tiempos bien cercanos de nosotros algunos ensayos de apostolado, hombres que despues de un siglo de destruccion querian al fin edificar, juzgándolo conveniente y oportuno. ¿Dónde eligieron sus apóstoles? En las altas categorías del mundo los buscaron, llamando cerca de sí á los sabios, á los caudillos de fama y á funcionarios de crédito. No lo hizo así Jesucristo: habia que libertar del error al género humano; y para ello eligió sus apóstoles, no entre los opresores del entendimiento sino entre los oprimidos; no entre los filósofos y los sabios, sino entre los pobres y los sencillos. Paseándose un dia á las orillas de un lago de Galilea, descubrió á dos pescadores y les dijo: *Seguidme, y haré de vosotros pescadores de hombres* (2). Y hé aquí los primeros libertadores del entendimiento humano.

Siendo el apostolado la base del cuerpo episcopal, su accion debía extenderse por todo el universo, puesto que aquellos hombres iban á dirigirse por las regiones conocidas á difundir la luz del Evangelio. No obstante aun no tenia la Iglesia todos los elementos necesarios para la universalidad; porque ¿quién conservaria unidos

(1) S. Mateo, cap. 4, vers. 19. — (2) S. Mateo, cap. 28, vers. 19.

en una sola doctrina á todos los apóstoles dispersos? ¿quién evitaría que las iglesias particulares llegasen á ser con el tiempo diferentes y opuestas? ¿quién pondría en comunicacion á las unas con las otras? Sin unidad no hay universalidad posible: se necesitaba, pues, de un centro para el apostolado, de un jefe único para los apóstoles y para los obispos sus sucesores. Este pensamiento era todavía mas atrevido, mas original que el del apostolado. ¡Qué! ¡un solo jefe para todo el universo! ¡Cómo! ¡reunir sobre la cabeza de un solo hombre una autoridad contra la que tal vez podrían luchar algun dia todos los príncipes de la tierra! ¡Constituir la unidad sobre una cabeza que puede caer al golpe de una espada! Esto era original, atrevido, imposible, y sin embargo esto se ha verificado. No lejos del sitio donde se establecieron por la fuerza de las armas los dominadores del mundo antiguo, fija su silla un anciano, cuya voz impera y es respetada no solo en los límites del mayor imperio humano que ha existido nunca, sino aquende y allende de todos los mares: ha atravesado no un siglo, sino diez y ocho siglos: ha visto levantarse en contra suya cismas, herejías, reyes y repúblicas, y se ha sostenido firme sobre el sepulcro de donde se deriva su poder, teniendo por única custodia esta breve frase: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.*

Sin embargo, la Iglesia no estaba todavía completa. Si todos sus ministros hubiesen sido obispos bajo un solo pontífice supremo, los vínculos de la unidad se hubieran roto fácilmente, á causa de la dignidad y de la independencia demasiado latas de que hubiese gozado cada ministro. Jesucristo instituyó, pues, el presbiterado, que bajo la autoridad de los obispos debía propagar la palabra evangélica, ofrecer el sacrificio y distribuir parte de los sacramentos, instituyendo también el diaconado para ayudar á los sacerdotes en su ministerio.

Debía el Vicario de Jesucristo tener jurisdiccion, y atar y desatar en toda la tierra; solo él podría instituir los obispos, señalarles un territorio y un rebaño. Los obispos debían tener jurisdiccion, y atar y desatar en sus respectivas provincias, y bajo su dependencia señalar también á los presbíteros un territorio y un rebaño. Los presbíteros debían comunicar directa y habitualmente con los simples fieles, ofrecer por ellos el santo Sacrificio, administrar los Sacramentos, excepto los de la Confirmacion y el Orden, y anunciar la palabra de Dios. Solo habían de pertenecer al soberano pontífice y á los obispos las decisiones de fe, los reglamentos de disciplina ge-

neral y el gobierno de la sociedad cristiana. Así constituida la Iglesia, tenía la unidad de una monarquía, la accion expansiva de una democracia, templadas ambas por una fuerte aristocracia, y reuniendo de este modo en su seno todos los elementos del poder; la unidad que coordina, la accion que dilata, la moderacion que impide á la unidad ser absoluta y á la accion ser independiente: economía perfecta que jamás ha poseído gobierno alguno, porque en todos los gobiernos humanos han propendido siempre á destruirse entre sí los tres elementos del poder, á causa de las pasiones del hombre. Solo Dios ha dado cima á esta obra maestra por mediacion de su Hijo.

Tal es, Señores, la jerarquía fundada por Jesucristo á fin de asegurar para siempre los destinos de la verdad. Pero con haberos manifestado sus resortes solo he llenado una parte de mi tarea. Con efecto, ¿qué es una jerarquía? Una porcion de hombres. ¿Y qué son estos hombres sino un poder? ¿Qué es el género humano, si está desarmado? Es, pues, necesario que la Iglesia posea un poder además de la jerarquía. Ahora bien, no hay mas que dos clases de poderes: la fuerza que mata al cuerpo, y la persuasion que mata al alma para sustituir otra en su lugar. ¿Qué poder fué dado á la Iglesia de Dios? ¿el que mata al cuerpo ó el que mata al alma transformándola?

Cierto dia se hallaban varios hombres en una ciudad de Oriente orando en un aposento, y aguardando una cosa que les habia sido prometida: de repente vino del cielo un ruido como de un viento impetuoso que llenó toda la casa en que se encontraban; aparecieron lenguas de fuego sobre sus cabezas, y llenos del espíritu de Dios, empezaron á hablar todas las lenguas que se hablan bajo del cielo. Uno, llamado Pedro, se puso en pié y dijo á la muchedumbre: *Varones de Judea, escuchad: no están ebrios los que os hablan, sino que se ha cumplido la palabra del profeta: El espíritu de Dios se derramará sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros mancebos verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños* (1). Así que, el poder que Dios confirmó á su Iglesia, fué el poder de su espíritu; pero este es un poder invisible, y Dios, que todo lo hace con armonía, quiso y debió dar á su Iglesia, fundándola en tiempo, un poder del tiempo, es decir, la persuasion ó la fuerza, puesto que en el tiempo solamente alcanza

(1) Hechos de los Apóst., cap. 2, vers. 14 y siguientes.

al hombre esta doble accion. Y ¿ qué poder le ha sido dado? ¿ acaso el de la persuasion? ¿ acaso el de la fuerza?

No fué el de la fuerza, no. Cuando asaltado Jesucristo en el jardín de las Olivas sacó un discípulo la espada, el Señor le dijo: *Vuelve tu espada á la vaina, porque todos los que tomaren espada, á espada morirán* (1). Y cuando dispersó á sus apóstoles para la predicacion, les dijo: *Os envío como ovejas en medio de lobos; tened la prudencia de la serpiente y la sencillez de la paloma* (2). Ya lo veis, Señores, no se nos ha armado como á guerreros, sino como á ovejas y palomas; solo se nos recomienda la prudencia, porque á ninguno le asiste el derecho de prescindir de ella en medio de los hombres. La única venganza que el Evangelio nos permite es la de sacudir el polvo de nuestros piés, *excutite pulverem de pedibus vestris* (3); el polvo, lo mas débil, lo mas inofensivo, lo que en la tierra se aproxima mas á la nada.....! Hé aquí todo lo que nos es permitido: sacudir un poco de polvo sobre el mundo.

Es, pues, el poder de la persuasion el que nos ha sido dado; pero ¿ de qué manera?

La persuasion se apoya en la razon ante todo: debe, pues, la Iglesia poseer la mas alta razon que pueda imaginarse: debe ser el mas alto poder metafísico, el mas alto poder histórico, el mas alto poder moral, el mas alto poder social.

El mas alto poder metafísico, en el sentido de que sobre todos los misterios de que se componen los destinos humanos, misterios que la Iglesia no crea si bien los explica, posee las soluciones mas racionales, mas elevadas, ante las cuales no podrian sostenerse las que en diferentes tiempos han propuesto las doctrinas religiosas y filosóficas. Seria harto prolijo demostrarlo, y por otra parte esta demostracion forma el objeto de mis discursos, y resultará completa del conjunto de todos ellos.

El mas alto poder histórico: es el porvenir un lugar oscuro donde todas las derrotas pueden ocultarse por un día; pero lo pasado solo pertenece á aquellos que lo poseen realmente, y ninguno, por grande que sea su genio, por dilatado que sea el imperio de que disponga, puede crearse en lo pasado derechos de naturalizacion si no ha penetrado en sus inaccesibles profundidades. Nadie ha penetrado en ellas como la Iglesia, porque la Iglesia es lo pasado de la

(1) S. Mateo, cap. 26, vers. 52. — (2) S. Mateo, cap. 10, vers. 15. — (3) S. Mateo, cap. 10, vers. 14.

humanidad, es la historia misma. Cuando buscáis algo fuera de ella, necesitáis empezar por vosotros mismos, por vuestra nada, y decir: La verdad empieza en mí; pretension que la humanidad no aceptará nunca. Ese carácter de novedad es el de las sectas religiosas, y es el fallo que las condena. Ayer, hoy, dentro de mil años, si todavía existen, se podrá decir al que las fundó: Tal día, á tal hora te hallabas en Wittemberg; descendiste á la plaza pública vestido de monje, tenias en la mano una bula de tu pontífice y la arrojaste á una hoguera..... Pero la humanidad os habia precedido veinte siglos; era ya demasiado tarde! Por eso cuando se nos dice á nosotros, hombres de la antigüedad, que haríamos mejor en ser mas modernos, es como si se dijera á un rey de Francia que fuese á San Dionisio, y que recogiendo los huesos de sus padres, los arrojara al Sena para tener un sepulcro mas blanco cuando hubiese de descender á la tumba. Bien se comprende que este poder histórico es nuestra fuerza y nuestra gloria; y por eso nos le disputan con encarnizamiento, y por eso se agota el ingenio en forjar contra nosotros fabulosas cronologías. Nada es mas fácil que hacer guarismos; pero el hombre no hace dias, y cuando se halla cansado de crear orígenes mentirosos, encuentra de repente, en una piedra ó en un retazo de papel carcomido, lo que basta para reducir á la nada sus invenciones. Nosotros por el contrario tenemos nuestra tradicion, nuestro libro, y por testigo de esta tradicion y por guarda de este libro á un pueblo entero. Judíos hay en este auditorio; donde quiera se halla ese hombre á quien el idioma popular ha llamado tan exactamente el *Judio errante*. No puede hablar el sacerdote en parte alguna sin suscitar un hombre eterno, un judío que se levante á decir: Sí, es verdad, allí estaba yo.

La Iglesia es el mas alto poder moral, porque es casta, y engendra la castidad, y sin la castidad no hay costumbres. La castidad forma las familias, las dinastías reales, el genio, los pueblos fuertes y duraderos. Donde esta virtud no se practica, no hay mas que lodo en un sepulcro. ¡Ah! si aquí hay hombres que no sean mis hermanos por la fe, solo quiero apelar á su conciencia para preguntarles: ¿sois castos? ¿Cómo creeríais si no fuerais castos? La castidad es la hermana mayor de la verdad; sed castos por espacio de un año, y delante de Dios respondo de vosotros. Solo porque poseemos esa virtud somos nosotros fuertes; y bien saben lo que hacen aquellos que atacan el celibato eclesiástico, auréola del sacerdocio cristiano. Hanlo abolido las sectas heréticas en su seno; ese es el termómetro de la

herejía: á cada grado del error corresponde un grado, sino de menosprecio, al menos de disminucion de esa virtud celestial.

Por último, la Iglesia es el mas alto poder social. No hay sociedad posible si no está fundada sobre el respeto del poder hácia los pueblos, y de los pueblos hácia el poder. Pues bien, la Iglesia católica lleva el respeto de los pueblos hácia el poder á su mas alto punto: trasforma al señor en padre, de modo que si el padre se extravía, sus hijos, á semejanza de los hijos del patriarca, cubren sus faltas con el manto de su respeto. Al mismo tiempo imbuye en el corazón de los soberanos ese respeto tan delicado y tan precioso hácia sus pueblos: les hace practicar en el recinto de sus palacios y en medio de su pompa aquella frase evangélica: *El que entre vosotros quiera ser el primero, sea vuestro siervo* (1).

Inmensa fué la fuerza de persuasión que resultó de estas ventajas racionales. Ya se la considerase bajo el aspecto de las ideas, de la historia, de las costumbres, ó de la sociedad, la Iglesia no tenía igual. Se la podía despojar de todo, de su patrimonio, del auxilio de la autoridad civil, de la libertad comun á todos: se podía sumir á sus ministros en los calabozos y darles tortura sobre los cadalsos; pero no se aprisiona la razón, no se queman los hechos, no se deshonoran la virtud, no se asesina la lógica. Somos pues fuertes, Señores, ante todo por el espíritu de Dios que habla en nosotros, y tambien por el espíritu humano, que cuando llega á examinar con sangre fría nuestra historia, nuestros dogmas y nuestra moral, se ve obligado á convenir en que nada hay mas sólidamente establecido.

Sin embargo, esto no era bastante: solo se dirige la historia á los que la han estudiado: no hablan las ideas sino á los que pueden compararlas; no es apreciable la civilización sino para hombres civilizados. Necesitaba la Iglesia un manantial de persuasión todavía mas humano, es decir, mas general; y Dios concedió á su Iglesia la caridad. No hubo ya corazón en que la Iglesia no pudiese penetrar por medio de esta virtud, porque el infortunio es el rey de la tierra, y tarde ó temprano no hay corazón en donde no toque su cetro. Posible era resistir á la gracia, á la razón; pero á la caridad!... ¿quién resistiría? ¿Cómo aborrecer á los que hacen beneficios? ¿Cómo matar á los que dan la vida? Desde entonces podía la Iglesia lanzarse confiada á la conquista del universo, porque en todo el universo hay lágrimas que enjugar, y estas nos son tan naturales, que

(1) S. Mateo, cap. 20, vers. 26.

aun cuando no proviniesen de ninguna causa, sin causa correrían, solo por el encanto de esa indefinible tristeza profunda y misteriosamente depositada en nuestra alma. La metafísica y la historia son las columnas de la verdad; pero estas columnas se hallan ocultas en los cimientos del templo, y no se las visita sino á la luz de las antorchas y con hombres escogidos. Un humilde sacerdote, el párroco del lugar mas miserable, no descenderá con las ciencias á la choza del pobre; descenderá con la caridad, y hallará un alma dolorida y de consiguiente bien dispuesta; y viendo el pobre que el sacerdote se le acerca respetando su miseria y sintiendo su dolor, reconocerá fácilmente la verdad en el traje del amor.

Pero mientras hablo de la caridad, me ocurre una duda. ¡Oh Dios mio! ¿somos caritativos como debíamos serlo? ¿hay entre vosotros, que sois jóvenes, almas ardientes, almas tiernas para Dios y para el pobre? ¿no veis en torno vuestro que el dolor se aumenta, se colma la medida, y se halla el mundo al borde de espantosos abismos? ¡Oh Dios mio! dadnos santos; ¡hace tanto tiempo que no los hemos visto! ¡teníamos tantos en otros días! ¡haced que renazcan de sus cenizas! *Exoriare aliquis ex ossibus!*

Armada así, Señores, la Iglesia con la razón y con el amor, con la mas alta razón y con el amor mas acendrado, ¿qué poder valdrá ya contra ella? Fuerza es dejarla libre, protegerla ó perseguirla.

Si se la deja libre, desplegará todos sus recursos, ganará primero un alma, despues otra alma, y se extenderá hasta que, asombrados los príncipes de la tierra, se miren y digan: ¿Qué poder es ese que lo llena todo, nuestras ciudades, nuestros campos, nuestras plazas públicas, y que va á dejarnos solitarios en nuestros palacios? Y los príncipes elegirán entre dos extremos: proteger á la Iglesia ó perseguirla.

Si la Iglesia se halla protegida como en tiempo de Constantino, es una fuerza añadida á otra fuerza; el manto imperial tendido sobre la Iglesia no puede causarle vergüenza, y sí traerle grandes beneficios.

Si, por el contrario, se la persigue, ¡entonces es el momento sublime! es el que Dios permitió en tiempo de los mártires, y el que todavía permite cuando parece que la Iglesia duerme. ¿Sabeis lo que decía en su lecho de muerte el fundador de la última grande orden religiosa, S. Ignacio, á sus discípulos inquietos, que le preguntaban: « ¡Padre! ¿no nos deseais nada? — Hijos míos, les dijo, os deseo persecuciones. » La persecución, hé aquí de dónde venimos, esa es

nuestra cuna. Yo mismo he salido de la sangre para hablaros: ¿dónde estaría yo, si nos hubiese continuado su paz el siglo XVIII? Pero la persecucion vino, y ahora si se nos busca vivimos; hémos aquí.

Libre, amparada ó perseguida, nada pierde la Iglesia bajo ninguno de estos sistemas; todos le dan vida, poder y gloria. En toda la redondez de la tierra se ha despojado á la Iglesia de su patrimonio lentamente adquirido por sus virtudes; la autoridad civil se ha retirado de ella; un nuevo poder, el de la prensa, ha conspirado en su ruina: pues bien, en medio de este cambio universal la Iglesia todavía persuade, y sus enemigos asombrados, no pudiendo comprender que viva, se entretienen en profetizar su muerte. Semejante al polvo que insulta al viajero á su paso, este siglo de ruinas ultraja á la eternidad de la Iglesia; sin advertir que su misma inmovilidad es la prueba de su fuerza. Establecida en el mundo por una persuasion de diez y ocho siglos sobre una antigüedad de cuatro mil, la Iglesia católica es invencible, porque siempre se puede lo que se ha podido en todas partes y en todas ocasiones. Lo universal es perpetuo, así como lo infinito es eterno; y nada puede ser universal en la humanidad sino lo que tiene una relacion necesaria con la naturaleza del hombre; y no cambiando la naturaleza del hombre, tampoco puede cambiar lo que tiene relacion necesaria con ella.

Si pudiese extinguirse en el alma una persuasion tan larga y duradera como la que ha fundado la Iglesia católica, habria perecido la razon humana. ¿Qué sería una realidad, si semejante realidad no fuese mas que una ilusion? ¿Qué dicen los últimos adversarios, los actuales adversarios de la Iglesia? Sostienen que la razon del hombre es un progreso continuo en que cada idea nueva mata á la antigua, en que nada hay estable y absoluto, en que todo está destinado á perecer, excepto esa increíble facultad que hace vivir por un momento lo que por necesidad debe morir. Confiesan tambien la nada de sus esperanzas y de su razon, que no es mas que un tránsito á través de los sepuleros donde deja un poco de ceniza; pero, como decia Bossuet, *ese miserable patrimonio no les está asegurado*, y la Iglesia vive hasta en el fondo de sus predicciones. Nunca aceptará tanta desesperacion el género humano, que ha esperado tanto tiempo; en él no se extinguirá nunca la persuasion, y la Iglesia no es mas que la persuasion elevada á su mas alto punto, no es mas que el reino de la persuasion.

¡ Ah! si hay algo magnífico y sagrado sobre la tierra, es la consti-

tucion divina que acabo de analizar. ¿Y qué son á su lado las obras de los hombres? Levantan por la fuerza imperios que á la fuerza sucumben. Ciro destruye la obra de Nino, Alejandro la de Ciro, Roma la de Alejandro. Tarde ó temprano choca la fuerza con la fuerza: una persuasion aislada choca con otra persuasion; pero cuando la persuasion ha vencido al universo, no en el sentido de sus pasiones, sino en el sentido del sacrificio, entonces existe una obra divina é imperecedera. Y si son pescadores los que le han dado cima, si unos galileos han fundado ese grande imperio de la persuasion á pesar de todos los conatos de la fuerza, entonces esta obra es divina é imperecedera sobre toda expresion. Y yo, ministro de esta obra, hijo de la persuasion, galileo, os digo á vosotros, hijos del siglo: ¿Hasta cuándo trabajaréis en lo transitorio, y lucharéis contra lo permanente? ¿hasta cuándo preferiréis la fuerza á la persuasion, la materia al espíritu? Decís incesantemente: No conviene dejar obrar á la Iglesia, porque llegaria á ser demasiado poderosa; es decir, conviene sofocar la persuasion que nos avasallaria á pesar nuestro. ¿Qué podeis decir que mas atestigüe su divinidad? Comprended finalmente lo que ella es, por los sentimientos injustos de sus enemigos; comprended por las maravillas de su constitucion y de su historia que su establecimiento y su perpetuidad no son obras posibles al hombre; comprended que todo el bien que se opera en el mundo, emana de ella directa ó indirectamente; y aspirad á ser sus hijos, á ser sus apóstoles, y á colocaros entre los bienhechores del género humano. Ya es tiempo; todo yace por tierra, fuerza es reconstruirlo todo: y solo la Iglesia católica puede echar los cimientos de un edificio inmutable, porque solo ella posee toda razon y todo amor, y el hombre es demasiado grande para ser fundado y salvado de otro modo que por la mas alta razon y por el amor mas decidido.